

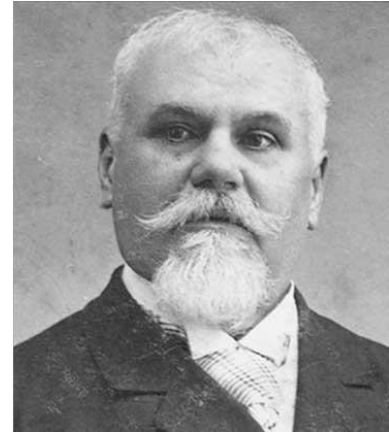
Justo Sierra, maestro y autor de libros escolares, un intelectual de nuestro tiempo

Elvia Montes de Oca Navas[*]

*Todo está sometido a leyes, nada está gobernado
por el azar; el universo revelado por la ciencia,
es la revelación de una armonía.*

Justo Sierra

Justo Sierra es uno de los intelectuales más reconocidos en México; fue funcionario público, maestro, abogado, autor de libros de historia, legislador, poeta, ensayista, novelista, dramaturgo, periodista. Como funcionario público, estuvo cerca del grupo en el poder, especialmente durante el largo gobierno encabezado por Porfirio Díaz; como docente, conoció las instituciones académicas más importantes de entonces; como político, redactó y manejó las políticas educativas de su tiempo y tuvo un reconocido liderazgo en los ámbitos culturales y políticos; como autor de libros, colaboró con la formación e identidad de los mexicanos.



Sierra fue también miembro de un grupo selecto de intelectuales, conocido como “Los científicos”, venidos muchos de ellos de provincia, radicados en la capital del país. Una minoría selecta, creadora y difusora de la cultura, integrada por intelectuales conocedores de otras lenguas, especialmente del inglés, francés y alemán, que les permitió conocer de manera directa los contenidos de textos extranjeros y acercarse a la cultura de los pueblos que entonces sobresalían como los más avanzados, tanto en el campo de las ciencias modernas como en el de las humanidades, así como en la producción económica.

En este documento analizo a un miembro de ese grupo: Justo Sierra, especialmente como educador y como autor de libros escolares de historia. Como fuentes de investigación y metodología se usaron, de manera específica, las obras del personaje aquí analizado.

Justo Sierra, su ambiente cercano

Justo Sierra nació en Campeche, probablemente el 26 de enero de 1848; Campeche entonces pertenecía al estado de Yucatán. Fue hijo de Justo Sierra O'Reilly, intelectual mexicano, doctor en Derecho, juez de Primera Instancia en Campeche, diputado del Congreso de Yucatán, fundador de revistas literarias, autor de obras históricas y jurídicas, novelista reconocido, autor de La hija del judío. Su madre fue Concepción Méndez Echazarreta. Su abuelo materno, Santiago Méndez Ibarra, fue gobernador del estado de

Yucatán. Este fue el ambiente familiar en el que se desarrolló nuestro personaje y que favoreció su desarrollo en los diversos campos de la cultura.

En los últimos años del porfirismo, Sierra fue nombrado secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes (1905), puesto al que renunció el 24 de marzo de 1911, sumándose así a la renuncia colectiva del gabinete de Díaz; esto fue dos meses y un día antes de que el mismo Díaz renunciara como presidente (25 de mayo de 1911).



Francisco I. Madero, sucesor de Díaz, mandó a Sierra como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario del Gobierno de México ante España (abril de 1912), donde murió el 13 de septiembre de 1912. La Universidad de La Habana lo llamó “Maestro de América”.

La Universidad Nacional Autónoma de México ha editado y reeditado varias veces su obra. Para festejar el primer centenario del nacimiento de Justo Sierra, sus restos fueron trasladados a la Rotonda de los Hombres Ilustres –hoy Rotonda de las Personas Ilustres– en 1948, año en el que México lo llamó oficialmente “Maestro de América”.

Sueños e ideas de Justo Sierra como educador

Nuestro personaje defendió vehementemente la obligatoriedad de la instrucción primaria en todo el país: había que hacerla obligatoria y uniforme en el territorio mexicano, a diferencia de la posición manifestada por liberales ortodoxos como Francisco G. Cosmes, quien defendía la soberanía de los estados en materia de educación. Para Sierra, la educación fue concebida como el desarrollo armónico de todas las facultades de los educandos; además defendió el laicismo que debía haber en las escuelas oficiales, así como la profesionalización de los educadores que acabara con su improvisación. Fue defensor de una enseñanza moderna que requería de nuevos métodos, nuevas teorías pedagógicas y psicológicas relacionadas con la niñez, nuevos recursos didácticos, incluso nuevos edificios escolares y, sobre todo, nuevos maestros, acordes con las modernas ideas sobre la educación y la infancia. De ahí la preocupación por crear escuelas normales, editar revistas especializadas, formar asociaciones y grupos de discusión llamados academias, que les crearan a sus miembros la idea de *pertenencia*, y a la vez de dirección y diferencia con respecto a los demás profesionales.

La búsqueda de nuevos métodos de enseñanza, más que de principios pedagógicos explicativos, llevó a los pedagogos de la época, incluido Justo Sierra, al hallazgo y utilización de otras formas de enseñar, basadas en la lógica y la experiencia, muy cercanas al positivismo del que después algunos quisieron alejarse, por el peso excesivo que se le dio al objetivismo y al realismo en el aprendizaje. Sierra llegó a la conclusión de que la instrucción por sí sola y aislada, a la manera como lo hizo el positivismo extremo

—que sólo se ocupaba del desarrollo intelectual de los educandos, sin atender al sentimiento, la voluntad y la emoción—, podía ser dañina si no era sólo un medio para una educación integral y armónica de los educandos. Sierra adoptó del positivismo su método científico para la búsqueda y hallazgo del conocimiento, y la ciencia como medio para prever y transformar la realidad. Había que aplicar el método experimental de Bacon, la observación de los hechos físicos y sociales para la deducción de leyes, una teoría bautizada como *positivismo*, con la presencia de Comte y su confianza en los sentidos y la razón.

La ciencia, según Justo Sierra, era el conocimiento de las relaciones entre las cosas; el método debía ser el inductivo: de la observación de los casos particulares se debía llegar al descubrimiento de las leyes generales. Lo positivo del positivismo fue la adopción de un método fundado en los hechos mismos y no en creaciones subjetivas del científico.

Sin embargo, la ciencia no negaba la existencia del mundo metafísico: “Lo que está más allá es absolutamente inaccesible al espíritu humano, pero inaccesible no quiere decir nulo o no existente” (Sierra, 1984c: 23), ideas que Justo aceptó, con base en Emilio Littré (1801-1881), filósofo positivista francés. La verdadera religión, así como la ciencia, la política y la educación, debían estar basadas en la verdad y la razón. Todo era parte de un todo armónico y en constante evolución ascendente.

En cuanto al desarrollo del mundo natural y del mundo social, lo que regía era la ley de la evolución y la transformación de Darwin y de Wallace, y esto sería enseñado en las escuelas. No obstante, Sierra después se acercó a los orígenes poéticos y filosóficos de la ciencia, no necesariamente positivos y evolucionistas.

La educación, para Sierra y sus contemporáneos, era un medio para la formación del nuevo y buen ciudadano, igualador de formas de pensar, especialmente a través de la instrucción cívica y el conocimiento de historia patria, que fue a la que se dedicó principalmente como autor de libros de historia. El propósito fue formar nuevos hombres para integrar un México distinto, basado en la paz, el orden y el progreso; formar espíritus liberales y patrióticos que amaran a la patria y sus instituciones. La patria se reconoció como elemento unificador en el cual se identificaran todos los mexicanos, se concibió como un elemento de cohesión nacional. El nacionalismo se entendió como un proceso en formación, no como un logro estático e inamovible, y se manifestaba en un pueblo identificado con un pasado común difundido a través de la escuela y los libros escolares de historia, de geografía y de instrucción cívica.

Sierra colaboró a la reafirmación del papel hegemónico del Estado en el campo de la educación, para que éste se hiciera cargo de la expansión de la educación elemental por todo el país, estableciera políticas educativas y programas escolares únicos, que, si bien no se podían imponer en los estados de la República, dadas su libertad y soberanía federales, seguirían los lineamientos dictados por el gobierno nacional. Esto contribuiría

a formar un sistema educativo único y homogéneo en sus bases fundamentales, reafirmando los principios de laicidad, gratuidad y obligatoriedad respecto a la educación elemental oficial. Este programa fue encabezado y apoyado por Justo Sierra. La escuela –decía Sierra– es la salvación de nuestra personalidad nacional.

La inteligencia cultivada en las escuelas permitía a los sujetos evolucionar de un estado inferior a otro más desarrollado, logrado a través de su esfuerzo personal. Los individuos conscientes de su inferioridad se esforzarían por superarla. “Además, fuera del carril intelectual, la instrucción favorece las aptitudes, produce una cantidad siempre creciente de bienestar social, y así es la palanca mejor de la civilización” (Sierra, 1984c: 55). Los pueblos y los hombres pasarían de la barbarie a la civilización, en buena medida gracias a la educación.

Para seguir una evolución ascendente, los pueblos debían integrar a sus miembros por medio de la educación obligatoria, convertir sus fiestas populares en fiestas cívicas oficiales. Debían hacerlos actores, no meros espectadores, e inculcar en ellos una religión basada en el trabajo, la fraternidad, la concordia, la justicia y la libertad. La instrucción y la educación debían ser manejadas como apoyo para el desarrollo sistemático y ordenado de todas las facultades humanas, así se lograría la formación de buenos seres humanos y buenos ciudadanos. “[N]osotros no queremos hombres instruidos, sino hombres buenos” (Sierra, 1984c: 51). Dirigir a los hombres hacia el bien y la libertad, ésa era la función fundamental de la educación, que ponía de relieve el valor humanístico, ético y social de la educación impartida en las escuelas.

Sierra comparte con el pensamiento dominante de la Ilustración del siglo XVIII su confianza en la educación y la difusión de las nuevas ciencias en un ambiente de libertad y responsabilidad social. La aplicación de las ciencias en el desarrollo de importantes inventos como la imprenta permitiría la difusión de las ciencias y las ideas a través de periódicos, revistas, libros y todo lo que fuera necesario para expandir la cultura entre un mayor número de personas bajo la bandera de la igualdad.

La moral que se impartiera en las escuelas, especialmente en las primarias, debía comprender la enseñanza de los deberes cívicos que el hombre tiene consigo mismo y con sus semejantes; las cuestiones religiosas pertenecían al terreno de la conciencia y la libertad que debía haber en ella, pero este asunto no era parte de la escuela. En la escuela elemental se debían enseñar los deberes que se tenían para con la patria, deberes cívicos que formaban parte de la enseñanza moral; la religión cívica debía sustituir a las demás por la religión de la patria. Esta religión cívica combatiría las supersticiones y los excesos que los hombres, tanto laicos como religiosos, cometían en nombre de “las religiones”, sin respetar a Dios, de quien Sierra dedujo su existencia a partir de la creación, a la manera como siglos atrás lo había hecho santo Tomás de Aquino. En Sierra se advierte siempre una mezcla de teísmo y patriotismo, un hombre anticlerical pero profundamente religioso.

En resumen, la educación elemental sería laica, obligatoria y gratuita, todo en manos del Estado mexicano. El Estado sería considerado como educador, no sólo instructor; sería un órgano social especial que representara los intereses comunes. Un Estado civilizador, promotor de la evolución, coordinador de las actividades individuales dirigidas a un mismo fin: permitir la promoción y la selección social a través de la educación, ésta concebida como factor de progreso, formadora de buenos hombres y ciudadanos, defensores de la patria; con una historia distinta de las de los demás pueblos, y con la obligación de conocerla por medio de los maestros y de los libros escolares de historia.

Para Sierra, la libertad era el fin de la convivencia social en todos los ámbitos, incluida la escuela, pero esto sería posible una vez que el progreso social se hubiera impuesto gracias al orden; concebía la libertad como el punto más alto de la evolución, con base en el orden social y el respeto a las instituciones, y la educación se encargaría de ello. La educación inculcadora de hábitos “sociales” haría de México un pueblo civilizado.

Al desarrollo de los grupos humanos, Sierra, igual que Spencer, le llama “evolución social”. La sociedad tiene leyes fijas que rigen ese desarrollo; conocerlas era el trabajo del legislador; del estadista, adaptarse a ellas, y obedecerlas era obligación de todos los ciudadanos.

El derecho individual debía proteger y garantizar el derecho que cada individuo tiene a su propia evolución, lo que daría por resultado la sana evolución social. Para lograrlo, se necesitaba un gobierno fuerte que combatiera la violencia y las revoluciones, y reprimiera también las acciones de los liberales revolucionarios que a “hachazos” querían hacer el cambio. El sano desarrollo y el progreso de las sociedades no se lograban a saltos y sacudidas violentas.

Como el mundo natural, el mundo de la historia tiene un orden del que se pueden y se deben descubrir las leyes. Sierra habló de encontrar las leyes de la historia para que ésta ya no fuera un mero relato anecdótico sobre personajes y sucesos. La labor de Sierra como intelectual, especialmente como maestro, se caracterizó por la tolerancia, la conciliación, el sincretismo de ideas; fue digno representante de una burguesía intelectual cultivada, “uno de los hombres más cultos de su época, entusiasta y moderado, liberal y conservador, cosmopolita y nacionalista, y, sobre todo, hombre de buena voluntad” (Dumas, 1986: 450).

Justo Sierra, maestro y autor de libros escolares de historia

Sierra insistía en que los maestros debían ser verdaderos educadores, no sólo difusores de instrucción y de información; los llamó “batalladores, sin recompensa, de la lucha por la vida”, “héroes, sin nombre y sin panteón, del progreso mexicano”, “abnegados servidores del progreso social” (1984b: 297).

En 1877, Justo fue nombrado profesor de historia de la Escuela Nacional Preparatoria. En una carta de Gabino Barreda, director y fundador de la Preparatoria, firmada el 21 de abril de 1877, Sierra fue nombrado profesor de Cronología e Historia General del País, nombramiento ratificado por el mismo Porfirio Díaz (Archivo General UNAM, Expediente personal de Justo Sierra 224/133/1541/f.1). Esta clase la ocupaba Ignacio Manuel Altamirano, pero, tras su muerte, fue Sierra quien se quedó como maestro definitivo y se convirtió en “maestro por antonomasia”. Un problema que tuvo Sierra en su labor como profesor de historia fue la falta de textos de historia de México; a esa tarea se dedicó nuestro personaje, no sólo a escribir textos sobre la historia nacional, sino también sobre la historia universal.

La historia se enseñaba entonces desde la educación elemental hasta la superior, pero “tropecé, desde mis primeros pasos con un escollo insuperable: no había textos” (Sierra, 1984c: 61). Sierra criticó el plan de estudios de la Preparatoria, los estudios literarios eran “flojísimos y descuidados”, la historia como tal no existía: “La débil sombra que de ella conocemos es una especie de limosnera a quien ni el profesor ni los discípulos hacen caso” (1984c: 13). Era urgente darle a esta disciplina escolar el lugar que merecía.

Sierra planteó la necesidad de producir libros de historia, hechos con base en la enseñanza y la pedagogía modernas, donde se incluyeran ilustraciones, resúmenes, cuestionarios, vocabularios, ejercicios de reforzamiento del conocimiento, y que estuvieran de acuerdo con el desarrollo físico, emocional y mental de los alumnos que leerían esos textos. La historia haría que los alumnos se dieran cuenta de la formación progresiva de la cultura humana. “Reducirán el estudio de las peripecias y de las personalidades políticas, a lo que sea absolutamente indispensable para entender con claridad el proceso evolutivo de la civilización” (1984c: 375). Serían libros que, si bien utilizaban la memoria del lector, además debían recurrir a la reflexión y al uso de los sentidos, especialmente la vista, todo para que los alumnos aprendieran mejor y más fácilmente.

Justo Sierra dio el ejemplo y por eso dedicó buena parte de su producción intelectual a la elaboración de libros escolares de historia. Sus libros de historia permiten al lector el conocimiento del pasado a través de un lenguaje preciso, un tanto grandilocuente, que lo hace parecer en ocasiones oscuro, pero que seguramente corresponde al estilo de lenguaje usado en su época.

Sierra afirmaba que los libros escolares debían ser libros limpios, baratos, duraderos en su formato, y que además “recojan el fruto de la experiencia de los maestros” (1984b: 131). Los maestros de Historia debían ser también los autores de los libros.

Libros de Justo Sierra sobre historia patria, historia de México, y universal

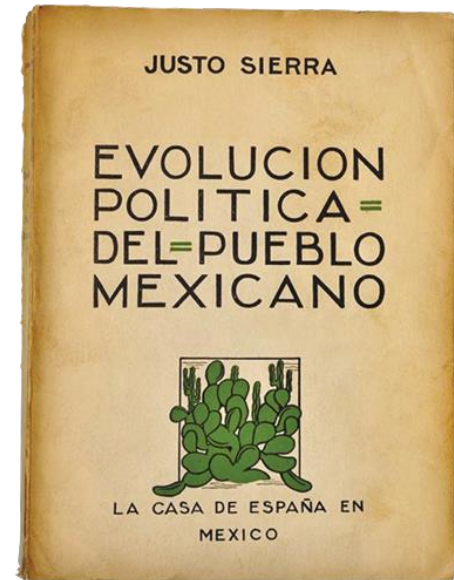
- *Compendio de Historia General* (1878), México, Ed. "La Libertad".
- *Compendio de la Historia de la Antigüedad* (1879), México, Imp. "La Libertad".
- *Compendio de la historia de la antigüedad: texto del curso de historia de la Escuela Nacional Preparatoria* (1880), México, Imp. "La Libertad".
- *Historia general: manual escolar destinado a la enseñanza preparatoria y normal* (1891), México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento.
- *Catecismo de Historia Patria* (1896).
- *En tierra yankee: notas a todo vapor* (1898), México, Tipografía de la Oficina Impresora del Timbre.
- *México, su evolución social. Espléndida edición profusamente ilustrada por artistas de gran renombre* (1900), México, J. Ballezá y Cía., Sucs. Editores.
- *Primer Año de Historia patria* (1902), 7ª. ed., México, Librería de la Vda. de Ch. Bouret (traducida al francés y al inglés).
- *Segundo Año de Historia patria* (1904), 5ª. ed. (10 000 ejemplares), México, Librería de la Vda. de Ch. Bouret. (Esta misma obra y la anterior fueron publicadas en 1922 por la Secretaría de Educación Pública, en un volumen.)
- *Juárez, su obra y su tiempo* (1905-1906), J. Ballezá y Cía., Sucs. Editores.
- *Elementos de Historia General para las Escuelas Primarias (nueva edición)* (1908), México, Librería de la Vda. de Ch. Bouret.
- *Evolución política del pueblo mexicano* (1ª. ed., 1900), (1940), México, La Casa de España en México.

Análisis del libro *Evolución política del pueblo mexicano*

Este libro de historia de México escrito por Sierra, probablemente tuvo el propósito de ser usado con los alumnos de la secundaria o de la preparatoria donde él era maestro. La obra, escrita en un lenguaje usado en la época, en nuestros días podría resultar un tanto difícil de entender. Es un libro extenso, que en su versión de 1960 alcanza 308 páginas, sin ilustraciones ni otros recursos didácticos, como cuestionarios para los alumnos e instrucciones para los maestros, que sí tienen otros libros escritos por este autor y dirigidos al nivel elemental. La edad de los destinatarios de los libros, con sus características e intereses propios y otras cuestiones más, explica las diferencias que existen entre los libros dedicados a los niños y los dedicados a los jóvenes. No es lo mismo ser niño que ser joven, así lo sustentaba la pedagogía moderna en la que se establecía la enseñanza y aprendizaje acorde con la etapa evolutiva de los alumnos, una enseñanza-aprendizaje graduada.

Esta obra se inicia con el origen del hombre americano y las primeras civilizaciones mesoamericanas, y termina en la era actual (1900), que corresponde al gobierno de Porfirio Díaz. El libro no se llama *Historia*, sino *Evolución política del pueblo mexicano*, acorde con las ideas desarrollistas de Justo Sierra.

El autor manifiesta en este trabajo cierta incertidumbre sobre el conocimiento de los hechos históricos, más si el tiempo y la ausencia de fuentes dificultan su conocimiento, como sucede con el verdadero origen del hombre americano, por lo que había que buscar fuentes que ayudaran a la construcción de la historia como ciencia. Si bien este origen es incierto, el sedentarismo de los primeros pueblos americanos fue el principio de la civilización; de ese sedentarismo se derivan los adelantos sociales, económicos y urbanos de los pueblos mesoamericanos, cuya discordia y recelos propiciaron su caída y el dominio ejercido por los españoles. A pesar de sus adelantos en la ciencia – como el sistema numérico, las grandes construcciones realizadas en sus ciudades– o la existencia y el pensamiento de personajes como Ce Acatl Topiltzin Quetzalcóatl y Nezahualcóyotl, todo sucumbió frente al grado de adelanto de los españoles en su proceso evolutivo.



Frente a pueblos mesoamericanos como los mexicas, con costumbres antropófagas que teñían de rojo las ciudades en las ceremonias dedicadas a sus dioses, pueblos que vivían aún en estado de barbarie, “[e]ra preciso que este delirio religioso terminara; bendita la cruz o la espada que marcasen el fin de los ritos sangrientos” (Sierra, 1960: 33).

En esta labor de conquista sobresale la figura de Hernán Cortés, un hombre audaz y valiente: “... ciertamente la obra de Cortés es la fundamental; lograda la atrevida empresa de aquel capitán de aventura, sin mandato ni autoridad legal, todo lo demás fue una consecuencia” (Sierra, 1960: 37).

El autor de este libro resalta el papel de los hombres reconocidos en la historia por su superioridad, y que realizaron una tarea muy importante en la evolución social de los pueblos. Señala también las diferencias entre los pueblos conquistados y los pueblos conquistadores: “El emperador [Moctezuma] se sentía arrastrado al abismo por sus dioses muertos; era un vencido de Quetzalcóatl, era el vencido de Cristo” (Sierra, 1960: 39). La cultura superior se impuso a la cultura inferior de acuerdo con las leyes de la evolución.

El papel que tuvo la religión en la conquista y colonización de México, y el de los religiosos encargados de predicar la nueva religión, Sierra los explica así:

Luego llegaron los doce frailes franciscanos la “Custodia”, como fue llamada, dirigidos por Martín de Valencia, el “custodio”: trece frailes, un verdadero apostolado de fe, de humildad, de pobreza, de fervor, hombres en quienes había tornado al mundo el espíritu angélico del fundador; toda la ternura, toda la dulzura de la religión de Francisco de Asís era necesaria para mostrar al mundo, en aquella época, españoles que no fueran duros, que no fueran crueles: los frailes de la custodia sólo lo fueron con ellos mismos (1960: 63).

Sierra justifica los actos destructivos realizados por los religiosos, como lo fue la quema de códices e ídolos, todo era necesario dadas las circunstancias que se vivieron y los fines de su tarea: salvar a los pueblos idólatras de su propia barbarie. En este encuentro se enfrentaron el instinto y la razón, y debía triunfar la razón. Acabar con las guerras entre los pueblos, establecer la paz y el progreso para seguir avanzando por los caminos de la civilización. “[E]l siglo XVI es el siglo de la creación; el siglo XVII es de conservación; el siguiente es de descomposición; bajo estos fenómenos aparentes continúa su marcha lenta el crecimiento social” (1960: 85). Así anuncia nuestro autor la lucha de México por su independencia de España. Los hechos históricos son las manifestaciones de las leyes generales que mueven a la historia, y que conducen a un desarrollo y crecimiento social ascendente.

La figura de Hidalgo tiene gran relevancia en el pensamiento y en la narración que hace Sierra de la historia de México:

Desde el momento en que Hidalgo tomó parte en la conspiración de Querétaro, lo dominó todo con su voluntad y su conciencia; su conducta como jefe de la insurrección, digna a veces de justísima censura humana, se la dictaron las circunstancias; su propósito se lo dictó el amor a una patria que no existía sino en ese amor; él fue, pues, quien la engendró: él es su padre, es nuestro padre (1960: 115).

Los héroes, en este caso Hidalgo, colocados por encima de las masas, están siempre atentos a las circunstancias y actúan conforme a ellas con propósitos claros y firmes, siguiendo fines que van más allá de ellos mismos; los héroes son considerados como seres superiores y modelos. México, afirma el historiador, por su carácter y su historia, por su bajo grado de desarrollo social alcanzado, era todavía un pueblo difícil de someter y conducir, de ahí su atraso y su pobreza, su “espíritu aventurero es una energía que hay que encauzar por la fuerza hacia el trabajo” (Sierra, 1960: 130). Los pueblos debían obedecer y someterse a los espíritus fuertes, superiores y preparados para la conducción de los más débiles.

En la evolución del pueblo mexicano, aparecieron personajes como Antonio López de Santa Anna, quien también tuvo su misión en esta historia evolutiva, a pesar de ser “sumamente ignorante”:

El general Santa Anna era un hombre que tenía la cantidad de inteligencia que se necesita para procurar todo su desarrollo a la facultad compuesta de disimulo, perfidia y perspicacia que se llama astucia. [...]; inmensamente ambicioso, con una ambición centuplicada por la convicción de que él era el fundador de la República y de que ejercía un derecho conquistándola; esa ambición era su religión única, amasada con un poco de superstición católica y de creencia ingenua en sí mismo y en su papel providencial (Sierra, 1960: 160-161).

Pensamiento propio de los hombres atrasados como Santa Anna, “vanidoso como un mulato”, a quien la historia y el desarrollo del país colocaron en el lugar que le correspondía; estos personajes no hacen cambiar el rumbo de los pueblos, aunque parezcan ellos mismos ser momentos de retroceso en su propio desarrollo y en el de los pueblos.

En este proceso histórico llegamos a las luchas entre liberales y conservadores, el gobierno de Juárez, el imperio de Maximiliano y Carlota, personajes descritos por Sierra así:

Maximiliano era, en toda la acepción del término, un aventurero, un hombre nacido para las aventuras y a quien no arredaban las empresas temerarias, si al fin de ellas vislumbraba un gran resultado en consonancia con su ambición [...] México era lo desconocido, era una arcilla intacta aunque maculada por las guerras civiles, con la que se proponía hacer un pueblo a su imagen: se sentía para eso con valor, con entusiasmo, con inspiración, con el don divino de gobernar (1960: 256).

Carlota, según Sierra, era más inteligente, por su mirada penetrante “parecía más varonil que su esposo”. Era una intelectual y su marido un sentimental. Carlota poseía virtudes de los espíritus superiores, por eso, de acuerdo con el autor, parecía más varón que mujer.

Juárez es descrito también por Justo Sierra:

Juárez creía de su deber, deber de raza y de creencia, sacar a la familia indígena de su postración moral, la superstición; de la abyección religiosa, el fanatismo; de la abyección mental, la ignorancia; de la abyección fisiológica, el alcoholismo, a un estado mejor, aun cuando fuese lentamente mejor, y el principal instrumento de esta regeneración, la escuela, fue su anhelo y su devoción; todo debía basarse allí (1960: 281).

Sierra escribió que en una entrevista que había tenido con Benito Juárez, éste le habló de la admiración que sentía por las ideas del protestantismo, que obligaba a sus seguidores a leer y no “gastar sus ahorros [se refería a los indios] en cirios para los santos”. Asimismo, admiraba el papel de la nueva y moderna burguesía, a favor del desarrollo de los pueblos como en esos momentos lo hacían los Estados Unidos y varios pueblos europeos, no así en México, donde todavía se adolecía de atavismos y atrasos que impedían un desarrollo más rápido.

Al término del libro, en el último capítulo, titulado “La era actual”, Sierra se disculpa ante los lectores por no haber terminado su obra como él la hubiera querido, fundamentalmente con base en fuentes y documentos inexistentes en los archivos descuidados y escasos que existían en el país, dejándose a veces llevar por la narración de los hechos que ocultaba el verdadero desarrollo del pueblo mexicano; sin embargo, “hemos procurado estudiar sin prejuicios las condiciones dinámicas de nuestra sociedad, no la hemos estudiado sin sistema” (1960: 275).

En esta evolución del pueblo mexicano se habían conjugado impulsos externos e internos, que, si bien lo hicieron en distintos grados, todos contribuyeron a la formación del México de entonces y el lugar en el que estaba situado frente a los otros pueblos. El triunfo de los liberales, el regreso de Juárez al gobierno después de la derrota del imperio de Maximiliano, todo era necesario para que México entrara en una era de paz y progreso, rumbo a su desarrollo económico; para ello se necesitaba de un gobierno fuerte que controlara a los levantiscos y rebeldes mexicanos. Pasar de la era militar a la industrial, expandir la educación en todo el pueblo mexicano, invitar a la inversión de capitales extranjeros, explotar las riquezas naturales del país, construir modernas vías de comunicación –principalmente ferrocarriles–, robustecernos como pueblo –en especial por los peligros que significaba la vecindad de México con los Estados Unidos, un país que crecía a pasos acelerados y que amenazaba con absorber a su vecino del sur–; México, un pueblo que “mandar no sabe, obedecer no quiere”, al que había que ordenarlo, si era necesario, por la fuerza.

Así llega Díaz a la Presidencia y logra la paz necesaria para avanzar en el camino de la evolución social: “Sin desperdiciar un día ni descuidar una oportunidad, hacia allá ha marchado durante veinticinco años el presidente Díaz; ha fundado la religión política de la paz” (Sierra, 1960: 294). Porfirio Díaz, quien firme en sus propósitos de llevar a la nación por los caminos del desarrollo moderno de los pueblos, “ha abierto nuestras fronteras al riel y a la industria americana”. “Pero México tiene confianza en ese porvenir, como en su estrella el presidente; y cree que, realizada sin temor posible de que se altere y desvanezca la condición suprema de la paz, todo vendrá luego, vendrá a su hora. ¡Que no se equivoque!” (Sierra, 1960: 301). Los hechos violentos sucedidos en las primeras dos décadas del siglo XX muestran que Justo Sierra y el presidente Díaz estaban equivocados, al confiar en que el logro de la “paz porfiriana” era definitiva en la historia del pueblo mexicano.

Este libro de historia reconocido como texto escolar, no denuncia o llama a la rebelión, no acusa ni va en busca de acciones que provoquen el cambio o que pongan en duda lo logrado hasta entonces. El libro busca el respeto y la obediencia de los lectores; ensalza



los beneficios de la civilización donde reina el trabajo, el respeto y la paz, contraria a la barbarie de tiempos ya superados y a los que no había que volver. Para ello había que obedecer a quienes gobernarán y garantizarán la paz y el progreso, como sucedió en los mejores años del porfiriismo. Es un texto basado en una retórica persuasiva que lleva al lector a amar y admirar a los héroes, y a procurar emularlos, pues son los creadores de la Patria.

La Universidad de La Habana llamó a Justo Sierra
“Maestro de América”

Reflexiones finales

Justo Sierra fue un realista-idealista, liberal-conservador, positivista-espiritualista, racionalista-romántico; buscó la renovación de la conciencia nacional a través de la educación. Diputado porfiriano, hombre de letras, poeta, novelista, cuentista, periodista, político atacado tanto por los liberales como por los conservadores; defensor a costa de todo de la paz y de la libertad, la segunda como consecuencia de la primera, la primera como condición indispensable para que se diera la segunda. La libertad como respeto a las normas sociales y los derechos individuales, la libertad como obediencia civil y ejercicio del derecho. Sierra fue también un político pragmático: el hombre debe guiarse por lo razonable y lo útil, de ahí el apoyo que dio a la continuidad de Díaz en el poder, a cambio de la paz necesaria para el progreso y la libertad, “la reelección presidencial sólo es excepcionalmente recomendable” (Sierra, 1991: 124).

Para Justo Sierra, la sociedad era un “superorganismo”, a la manera de lo planteado por el filósofo inglés Herbert Spencer, su contemporáneo (1820-1903). Sierra apoyó la idea de que, en una etapa avanzada de la evolución de las sociedades, la educación, no sólo la instrucción, juega un papel de primera importancia, una educación básica laica y obligatoria, uniforme para todos e integrada en un gran sistema educativo que estuviera en manos de un Estado educador, una educación que guiara hacia el ejercicio responsable de la libertad. Para nuestro personaje, sin libertad, la dignidad del hombre pierde todo su sentido.

Sierra apoyó las ideas propias de los tiempos modernos: formar hombres libres capaces de ser útiles a sí mismos y a su patria, en un clima de libertad y creatividad innovadora, pero dentro del orden establecido desde el Estado. Educar a la masa amorfa y convertirla en un conjunto de ciudadanos conscientes, aunque no se trataba de una educación niveladora e igual para todos, dadas las condiciones distintas de los individuos. En este proyecto social, el Estado tenía un importante papel: el derecho y la obligación de educar a los futuros ciudadanos desde la infancia como vía para una sana convivencia social; ya no más revoluciones y violencia.

Con la educación y la enseñanza de la historia y los textos escolares, Sierra da medios de identificación al pueblo mexicano bajo el sello de una misma nación, de ahí la necesidad de su enseñanza en las escuelas, desde las elementales. La enseñanza de la historia en las escuelas ayudaría a la preparación de los futuros ciudadanos, por eso la estrecha relación que debía existir entre el Estado y la escuela. Esto concuerda con el ámbito escolar del siglo XIX: consolidación de un sistema educativo nacional, estandarización de contenidos y formas de enseñanza, elaboración de libros de texto y aplicación de nuevas formas didácticas e ideas pedagógicas.

Había que conocer el pasado que narraba el discurso histórico, valorarlo, reconocerse en él cada quien, como miembro de una misma nación, enorgullecerse de ese pasado. Los héroes son colocados en un nivel más emotivo que teórico y como ejemplos a seguir. Creo que Sierra tuvo el problema de explicar la historia como un proceso racional basado en la búsqueda y el hallazgo de causas y efectos, o seguir explicándola a través de biografías de personajes, considerados como modelos de virtudes patrióticas que sirvieran a los estudiantes como modelo. A pesar de los propósitos de Justo Sierra, en algunos pasajes históricos contenidos en sus libros escolares, siguen siendo los grandes hombres los principales autores de la historia de los pueblos en su evolución ascendente; se trata de hombres superiores a los que había que conocer, admirar e imitar.

Referencias

ARCHIVO General UNAM, Expediente personal de Justo Sierra: 224/133/1541/Sierra, Justo.

DUMAS, Claude (1986). *Justo Sierra y el México de su tiempo. 1848-1912*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

SIERRA, Justo (1960). *Evolución política del pueblo mexicano*. México: Secretaría de Educación Pública/Comité Administrador del Programa Federal de Construcción de Escuelas.

— (1984a). *Obras completas*. T. IV. *Periodismo político* [Edición ordenada y anotada de Agustín Yáñez]. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

— (1984b). *Obras completas*. T. V. *Discursos* [Edición preparada por Manuel Mestre Ghigliazza. Revisada y ordenada por Agustín Yáñez]. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

— (1984c). *Obras completas*. T. VIII. *La educación nacional. Artículos, actuaciones y documentos*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

— (1991). *Obras completas*. T. I. *Poesías* [Estudio general, su vida, sus ideas y su obra por Agustín Yáñez]. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

NOTAS

* Profesora-investigadora adscrita a la Sociedad de Historia de la Educación Latinoamericana

Créditos fotográficos

- Imagen inicial: www.iisue.unam.mx

- Foto 1: Olavarría y Ferrari, E. (1884). *México a través de los siglos*, tomo cuarto. México: Ballezá y Compañía Editores.

- Foto 2: libreriasdeocasion.com.mx

- Foto 3: www.urbepolitica.com